
AGRADECIMIENTO.

I.

Nos debemus gratias agere Deo semper.
Nosotros debemos siempre dar gracias á Dios.

(II *Thesal.* II, 12.)

El deber del agradecimiento es tan natural en nosotros, como es natural que el efecto guarde relacion con su causa. Este es el título en virtud del cual Dios atrae hácia sí todas las cosas, pues, como dice san Dionisio, es causa de todas ellas; y como de Dios dimanen todos los beneficios, á Dios han de volver por medio de la gratitud. El agradecimiento es uno de los primeros principios de la moral humana, y otro de los mas sencillos axiomas de la razon. En todos tiempos, en todos los países, la gratitud ha sido el mas santo de los deberes, y parece que Dios la ha grabado en el corazon del linage humano como para servir de base á todas las virtudes.

Sin embargo, el desagradecimiento á los inmensos beneficios de todo género de que nuestro buen Dios no cesa de colmarnos, es un mal ó una injusticia muy general en el mundo. Recibimos de Dios constantemente grandes y preciosos dones, y son muy pocos los que se muestran reconocidos á tantos beneficios. El hombre, en su orgullo, ha presumido, ó que es omnipotente para hacerse á sí propio el bien, ó que Dios se lo debe todo de justicia. No puede explicarse sino de este modo el olvido en que tenemos los beneficios celestiales. El Señor socorre nuestras necesidades, aunque muchas veces no se lo pidamos; y únicamente exige de nosotros el agradecimiento, no por interés suyo, ó porque tenga necesidad de nuestras acciones de gracias, sino para que de este modo nos hagamos dignos de nuevos y mayores beneficios. ¿Qué no puede prometerse de un Señor, que es todo amor, todo bondad, todo misericordia, el que le rinde el res-

petuoso y debido homenaje por los beneficios recibidos, y le pide muy encarecidamente, que se digne en adelante favorecerle con su acostumbrada piedad y misericordia? Para que vosotros, mostrándoos reconocidos á los beneficios de Dios, merezcáis que el Señor os dispense con mas abundancia sus dones, quiero demostraros, que el agradecimiento es por parte nuestra un deber, y reasume al propio tiempo el espíritu de la verdadera religion. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. En el antiguo y en el nuevo Testamento se prescribe el deber de la gratitud, ademas de imponérnoslo nuestra misma razon. En el antiguo Testamento vemos, que todos los beneficios grandes ó públicos dispensados por Dios, se recordaban por medio de alguna solemne fiesta, que era un público testimonio del general reconocimiento. La celebracion del sábado era el recuerdo del beneficio de la creacion. La fiesta de la Neomenia ó el primer dia del mes, tenia por objeto dar gracias á Dios por el beneficio de la conservacion y gobernacion de las cosas creadas. La fiesta de la Pascua no era mas que la memoria de haber sido el pueblo de Israel libertado de su esclavitud de Egipto. La de Pentecostés era el recuerdo de haber dado Dios la ley al pueblo. La de los Tabernáculos se referia á la proteccion dispensada por el Señor al pueblo hebreo en los cuarenta años de peregrinacion por el desierto. En el Levítico, CAP. VII, 12, se describe un sacrificio especial establecido por Dios, para manifestarle el agradecimiento al beneficio recibido.

Si del antiguo Testamento pasamos al nuevo, hallaremos aun mas explicita y frecuentemente establecido el deber del agradecimiento. Jesucristo no multiplica los panes y los peces sino despues de haber dado gracias á su eterno Padre, como para significar, que por medio del agradecimiento y de la accion de gracias, alcanzaba la virtud de alimentar á la multitud que le rodeaba con tan pocos panes y tan pocos peces. Lo propio hizo el Salvador antes de resucitar á Lázaro, y de instituir la sagrada Eucaristia; y aun este sacramento no le instituyó sino para dejarnos un medio de ofrecer á Dios una perpetua accion de gracias por el beneficio de la redencion. Bien puede decirse, que nuestra santa religion es, en el citado concepto, un incesante testimonio de gratitud, el mayor de los beneficios que nos ha dispensado Dios.

No es extraño, pues, que el grande intérprete de los designios de Dios y sublime maestro de nuestros deberes, S. Pablo, no se cansa de recomendarnos el deber de la gratitud, diciéndonos, que demos

siempre gracias á Dios, que solo dejemos oír la voz del agradecimiento, y que por este medio dirijamos á Dios, todas nuestras oraciones. S. Pablo daba gracias á Dios, en nombre de los fieles, por los beneficios que habian recibido; gracias porque eran dóciles á su doctrina: gracias porque á él mismo, que habia perseguido á la Iglesia, le habia constituido apóstol; y entre las oraciones da absoluta preferencia á la accion de gracias.

Lo propio hicieron todos los justos, pues los íntimos sentimientos de reconocimiento, eran como el alma del culto que tributaban á Dios. Estos fueron los sentimientos que reveló Adán, ya en su estado de inocencia, ya en su arrepentimiento, como se desprende de la sagrada Escritura. Tales fueron los sentimientos de Abel, el primer justo y el primer mártir de la religion. Tales fueron los sentimientos de Enoc, que por la pureza de sus costumbres y por la elevacion de su fe, mereció el alto y apreciable testimonio de haber encontrado gracia en la presencia de Dios. Tales fueron los sentimientos de Noé, quien apenas hubo salido del arca, se ofreció sin reserva, por medio de un solemne holocausto, á la voluntad de su Criador. Tales fueron, por último, los sentimientos de los patriarcas, que vivieron en los siglos mas remotos y transmitieron su agradecimiento á Abraham, á Isaac, á Jacob, y á Moisés, el promulgador de la ley eterna, escrita antes únicamente en los corazones y en las almas de todos los mortales.

¡Ah, si yo fuera capaz de hablaros debidamente del reconocimiento que estos grandes hombres profesaron hasta su último aliento al Dios misericordioso de sus padres! ¡Ojalá supiera, cuando ménos, describiros los lugares donde pasaron la mayor parte de su vida! ¡Veis, os diria, aquel desierto poblado en otro tiempo por naciones idólatras? Pues allí el patriarca Abraham, inspirado por su profunda gratitud, edificó un altar al Señor, que se le habia aparecido, y se habia dignado infundirle las mas lisonjeras esperanzas. ¡Veis aquel recuesto cubierto de malezas? Allí fué donde Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo, salió á recibir al padre de los creyentes, que venia cargado de palmas y laureles cogidos al enemigo; allí fué donde aquel rey de Salem levantó sus manos puras al Dios de las batallas, ofreciéndole por primera vez, en accion de gracias, el sacrificio de pan y vino que, como lo profetizó despues Malaquías, habia de santificar con el tiempo toda la tierra, y abolir para siempre los ritos y ceremonias del sacerdocio de Aaron. Os describiera entónces el monte sobre el cual sobrecogido Jacob de la noche, y cediendo á un profundo sueño, vió aquella mística escala que, deseansando sobre la tierra,

se apoyaba por el otro extremo en el cielo; y os daria una idea del sitio en que, luego de despertado, y antes de proseguir su viaje, rindió á Dios las debidas gracias. Tambien os mostraria la estéril ribera en la cual Moisés, caudillo del pueblo del Señor, al ver sumergido el ejército de Faraon, que le perseguia, entonó en presencia de los israelitas aquel admirable cántico que leemos en el libro del Exodo, miéntras María, su hermana, rodeada de un numeroso coro de mujeres, iba repitiendo con igual entusiasmo y afecto las mismas palabras. Por último, os haria la descripcion del lugar en que el mismo Moisés, ya muy próximo á la muerte, cantó, cual otró cisne, con mayor fuerza y dulzura que nunca, la bondad y misericordias del Señor, pronunciando, en presencia de los ancianos y doctores de las doce tribus, aquel sublime himno, que empieza por estas palabras: *Oid cielos lo que hablo: oiga la tierra lo que dicen mis labios.*

El viajero que recorre aquellos lugares, encuentra todavía, despues de tantos siglos, preciosos monumentos, que reproducen aun, por decirlo así, el eco de los suaves y amorosos cánticos, que entonaron tantas veces aquellos varones inspirados por la fe y el agradecimiento; se detiene á contemplarlos; y renovándosele al instante el agradable recuerdo de la sincera devocion de los tiempos heroicos, siéntese interiormente conmovido por un entusiasmo y un respeto, que le entenece hasta humedecer sus párpados.

Podria ahora, oyentes, añadir los innumerables y edificantes ejemplos del mas vivo y ardiente reconocimiento, que nos dieron á una los demas santos y profetas del antiguo Testamento, fieles discipulos de Moisés y de Abraham; pero serian interminables las citas. ¡Ah! Isaías, Habacuc, Jeremías, Daniel, David, Ezequiel; ¡quién lograra un pequeño destello de aquella luz celestial que inundó tan copiosamente vuestras almas! ¡Quién sintiera en su interior una chispa siquiera de ese fuego de amor y de agradecimiento, que encendió tan grande hoguera en vuestros corazones, y que respira aun en vuestros incomparables cánticos y salmos! ¡Quién pudiera tambien imitar vuestro fervor, oh felices jóvenes, que, por mostraros agradecidos á Dios, no temisteis escitar la venganza inaudita de Nabucodonosor, y en medio del fuego de abrasado horno, merecisteis la dicha de ver y gozar de la compañía de un ángel del Señor, que os preservó de los efectos del fuego, haciendo que soplasé á vuestro alrededor un viento fresco como el que se levanta por la mañana al caer el rocío sobre los campos! ¡Quién pudiera, repito, imitar vuestro amor y agradecimiento, oh santos jóvenes! ¡Quién pudiera acompañar con los latidos del corazón las sentidas frases con que los tres, co-

mo si fueseis un hombre solo, glorificabais y bendeciais al Señor, que os había salvado, y pronunciabais aquel dulce cántico que, tomado de vuestros labios, resuena aun todos los días bajo las sagradas bóvedas de nuestros templos, siendo la expresión mas significativa del profundo agradecimiento y respeto, que los fieles nos gloriamos de profesar á nuestro Criador y Redentor!

Ya lo veis oyentes; el espíritu de toda la ley antigua, según la entendian y practicaban los patriarcas, los profetas y demas santos del antiguo Testamento, era un continuo y sublime acto de gracias dirigido al Criador de cielo y tierra, por los beneficios recibidos de su inmensa bondad. Añado ahora, que este mismo generoso sentimiento es tambien y con mayor razón, el alma, digámoslo así, del Evangelio.

Haced, oyentes, esta reflexion. Si la ley de Moisés, con ser tan imperfecta; si la alianza antigua, representando solo en bosquejo, digámoslo así, los bienes venideros, no obstante inspiró á los profetas, á los patriarcas y á los demas santos que la profesaron, unos sentimientos tan tiernos de agradecimiento al Ser supremo, ¿qué será de la ley ó nueva alianza? ¿Qué comparacion podrá haber en este punto entre una ley, cuyo principal resorte era el temor, y otra ley cuyo único distintivo y carácter es el íntimo reconocimiento, fruto de la mas ardiente caridad? ¿Qué comparacion podrá haber en este concepto entre la ley del Sinaí, publicada en medio de un torbellino inmenso de humo, en medio de la oscuridad y de la tempestad, en medio del lúgubre fulgor de los relámpagos y rayos, y el ruido de los truenos; y la suavísima ley del Calvario, donde no hubo mas llamas sino las que consumian el corazón amantísimo de nuestro Salvador; donde no hubo mas oscuridad que la consiguiente al eclipse del sol, que se cubrió para no ser testigo de la monstruosa ingratitud con que los hombres trataban al Redentor de todo el universo; donde no se oyeron mas palabras que las pronunciadas por Jesucristo desde la cruz, mientras la sangre, que salia con gran copia de sus venas, gritaba, no venganza como la de Abel, sino misericordia y perdón para los mismos que la derramaban y para todos nosotros? Al publicarse la ley en el monte Sinaí, el mismo Moisés temblaba de espanto; y, al contrario, el alma, que levantada en las alas de la contemplacion sube en espíritu al Calvario, y presencia tan tierna y trágica escena, y ve abiertas aquellas cuatro fuentes de la divina misericordia, cuyas aguas lavan las manchas del pecado, y que, por último, ve salir la Iglesia, cual paloma sin mancha, de la llaga del costado del Salvador, se siente al instante conmovida extraordinariamente

por los mas vivos sentimientos, no de temor, sino de caridad; su corazón se abrasa y desfallece á la irresistible fuerza del amor, y no puede ménos de prorumpir en gritos de alegría y alabanza, que acreditan la profunda gratitud que interiormente la embarga.

2. Nuestra divina ley es una viva imagen de la feliz sociedad de los ángeles y santos del cielo. Examinad detenida y aisladamente sus excelentes máximas, y confesareis, que el agradecimiento es su distintivo, su carácter; su espíritu con preferencia á cualquiera otra ley. Para convenceros mas y mas de esta verdad, recorramos rápidamente algunas de sus primeras y principales épocas.

En la aurora misma del claro día, que habia de empezar con el establecimiento de la religion, desterrando del mundo las sombras del pecado, en los primeros crepúsculos de este despejado día, ya se dejaron oír en todas partes los alegres himnos de acción de gracias con que los pocos justos, que habia entonces en la tierra, manifestaban su júbilo y alborozo por la proximidad de la redención del mundo. Fijemos, por un momento, la atención en la retirada casa de Isabel, teatro de las mas grandes maravillas. Apenas la Virgen pisa sus umbrales, cuando el Bautista, agradecido, revela su contento en el vientre de su madre: Isabel bendicé una y mil veces la Madre del Salvador; y esta soberana Señora, la mas reconocida de todas las criaturas, abre al instante sus virginales labios para enaltecer al Todopoderoso por su infinita bondad y misericordia, y porque se ha dignado poner los ojos en su esclava, y servirse de ella como de instrumento para la salvación universal del género humano. Nace pocos meses despues el Bautista, y en el mismo instante vuelve á articular palabras la muda lengua de su padre Zacarías; y este venerable anciano y profeta, imitando el reciente y doméstico ejemplo de Maria, prorrumpe en las mas afectuosas acciones de gracias al Señor, porque visitando á su pueblo le ha redimido, y porque se acordó de su santa promesa.

Nace, finalmente, el brillante sol de justicia, que ha de alumbrar á los buenos y á los malos; nace el divino Niño, que ha de ser el gozo, la esperanza, el remedio y el consuelo universal de las naciones; nace el divino Niño, que ha de establecer la nueva alianza, perdonar los pecados, fundar el reino eterno de la justicia, y dar entero cumplimiento á las profecías; nace este divino y admirable Niño á la silenciosa hora de media noche, en la soledad, en el desamparo y la pobreza de un pesebre; y al momento numerosas legiones de espíritus celestiales llenan los aires con el festivo cántico: *Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.* Po-

cas semanas despues ese mismo Niño, ese Dominador, ese Angel del Testamento, es presentado en el templo, y Simeon y Ana, justos respetables por su ancianidad y por su heroica virtud, ambos cediendo á una inspiracion del Espiritu Santo, cantan públicamente sus alabanzas, y le prestan respetuoso homenaje en nombre de todo el género humano. Tan cierto es, oyentes, que nuestra santa religion nació, por decirlo así, en medio de los cánticos de alegría y de acción de gracias, y que su espíritu y divisa es el mas vivo agradecimiento.

La brevedad del tiempo y el justo temor de cansar vuestra atención no me permiten ampliar mas estas citas del Evangelio; pero no importa: en los impulsos de vuestro propio corazon hallareis el efecto de lo que pudiera deciros. Sí: las máximas de nuestra divina religion, que vosotros, hermanos míos, llevais grabadas desde niños en vuestras almas, acabarán de persuadirnos con una elocuencia muda, pero irresistible, que el verdadero carácter de un cristiano ha de ser el agradecimiento. Decidme, sino; ¿qué se desprende del santo Evangelio? ¿Qué mas nos inculcan y persuaden con mayor encarecimiento los escritos de los apóstoles, y en particular los de S. Pablo, que es por excelencia el doctor de la gracia, y los de S. Juan, de cuyos labios solo se desprenden palabras de ternura y de amor? ¿Qué mas nos aconsejan las santas y augustas ceremonias de la Iglesia? ¿Qué significa la circunstancia de acabar casi todas sus oraciones con estas dos palabras, *gracias á Dios*, que los cristianos de los primeros siglos traian siempre en boca? ¿Qué significa la majestuosa y alegre armonía de las campanas, que desde lo alto de las torres invitan al pueblo á que vaya sin dilacion al templo santo á dar gracias al Dios misericordioso de sus padres? ¿Qué significan esas brillantes luces con que iluminamos los altares, esas lámparas, que de dia y de noche arden delante del santuario, sino, que nuestros corazones, penetrados del mas vivo reconocimiento, deben de continuo ofrecerse y consumirse en holocausto? ¿Qué significa ese precioso incienso, que los sacerdotes hacen humear en la presencia del Señor, sino, que nuestro reconocimiento debe despedir sin tregua un olor agradable por toda la congregacion de los fieles, elevándose de este modo nuestras oraciones sin ningun temor hasta el trono de la Trinidad beatísima? ¿Qué significa?... Pero no acabaria nunca, oyentes, y me es preciso ya dar fin á mi discurso, en el que os he manifestado, que la gratitud es por parte nuestra un deber, y que el espíritu de los santos, el espíritu de uno y otro Testamento, el espíritu de la verdadera religion, que empezó en Adán, continuó en los patriar-

cas, fué publicado por Moisés, fué renovada y perfeccionada por Jesucristo, y que se propagará por todos los siglos, es, ha sido y será siempre el verdadero amor, del que proceden inmediata y continuamente las fervorosas acciones de gracias.

No os olvideis, por lo tanto, de los beneficios que Dios os dispensa; no los pagueis con negra ingratitud. Recordadlos con frecuencia, sed siempre agradecidos; de este modo cumplireis con un importantísimo deber, y os encontrareis animados del espíritu de la verdadera religion. Además, siendo agradecidos, merecereis mayores beneficios, porque nunca permitirá el Señor que su generosidad sea menor que vuestra gratitud. A proporción que le dareis gracias por los beneficios recibidos, atraereis sobre vosotros multiplicadas bendiciones celestiales, que os haran felices en el tiempo, y bienaventurados en la eternidad.

AGRADECIMIENTO.

II.

Nos debemus gratias agere Deo semper.

Nosotros debemos siempre dar gracias á Dios.

(II Tessal. II, 12.)

Entre los vicios que mas han inficionado en todos tiempos este miserable mundo en que vivimos los pecadores, bien puede asegurarse, en cierto modo, oyentes, que no hay ni ha habido ninguno mayor que la ingratitud á los inmensos beneficios que nuestro amabilísimo Criador nos dispensa de continuo. Porque así como el íntimo y sincero agradecimiento que inspira el amor forma las mas dulces delicias de los ángeles y de los santos en el cielo, al contrario, la in-

gratitud, que brota de la venenosa raíz de la soberbia y presuncion, causa en la tierra males y desgracias sin cuento. ¿Sabeis porque son tan pocos los fieles que adelantan en la virtud, que corresponden á su vocacion, y que siguen constantemente la estrecha senda que conduce al paraíso? ¿Sabeis porque son tantos los que se extravian por los anchos caminos de la perdicion, y se precipitan á cada paso en los horribles derrumbaderos del vicio? El motivo de esta desgracia es la ingratitud. El Señor no deja nunca de proporcionar dia y noche beneficios y auxilios á todos los hombres; pero son muy pocos los que se muestran reconocidos; y son muchos, por lo tanto, los que se hacen indignos de nuevos beneficios con los cuales evitarian el pecado.

La ingratitud, segun expresion de los santos Padres, es como un gusano que roe interiormente el alma, marchita el verdor y la lozanía de las virtudes, y la deja sin fuerzas ni actividad. Es un viento abrasador, que seca la fuente de la piedad, el rocío de la misericordia y los arroyos de la gracia. El Señor considera, en cierto modo, como perdido el beneficio que recibe un ingrato; cierra, digámoslo así, sus oidos á las vanas oraciones de los soberbios, al propio tiempo, que atiende con mucho agrado á las preces que le dirige un corazon humilde, que cediendo á los impulsos celestiales, descubre y publica las maravillas de su santa providencia, ya para manifestar su agradecimiento, y ya tambien para que los demas hombres le alaben igualmente, pongan en él su confianza, y merezcan su proteccion. Los ángeles se complacen en presentar al trono del Altísimo los deseos de estos hombres agradecidos, y el Señor tiene particular gusto en dispensarles nuevas gracias.

Hé aquí como si bien el agradecimiento es un estrecho deber, produce, sin embargo, su mayor utilidad ó provecho en favor del mismo hombre agradecido. Voy á convencerlos de la verdad de esta idea, manifestándoos que el agradecimiento obliga á Dios á colmarnos de nuevos y mayores beneficios. Vamos á demostrarlo. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Tan viva, tan enérgica é irresistible es la necesidad en que se encuentra nuestro corazon de dirigir á Dios los ayes que le arrancan sus penas, ó los suspiros que exhala su esperanza en los grandes conflictos, como es natural y precisa la gratitud á los divinos beneficios que de continuo experimentamos. Nuestro corazon es naturalmente agradecido, así como nuestra alma, segun la profunda sentencia de Tertuliano, es naturalmente cristiana; por esto, así como nos parece una monstruosidad la conducta del impío, que lucha consigo por no

reconocer á Dios, de igual modo debemos calificar al ingrato, que ahoga en su corazon el grito del reconocimiento. Nuestra vida debe ser una continua accion de gracias, porque estamos siempre pendientes de la mano de Dios; y cuando lo pasado no nos prestase suficiente motivo para mostrarnos agradecidos al Señor, la esperanza de que nuestra gratitud le obliga á dispensarnos nuevos y mayores beneficios, deberia movernos á mostrarle incesantemente nuestro mas profundo reconocimiento.

Dios, bondad infinita, apetece esencialmente difundirse; por esto, cuando la ingratitud no pone límites á las finezas de su generosidad, sus beneficios no tienen número, así como su amor no tiene término. En este caso, su amor no es un rio, sino un mar de gracias y beneficios que penetra en nuestro pecho, y trueca nuestro corazon en un cielo, digámoslo así, donde se goza anticipadamente de la bienaventuranza, que es el conjunto de todas las dichas. Cuando el Señor nos pide que agradezcamos sus beneficios, no lo hace porque haya menester de nosotros, sino porque desea dispensarnos nuevas gracias... Quiere llenarlo todo con sus bondades; quiere que su vida sea vida de expansion, porque esta es la natural tendencia de lo bueno. Por esto las almas que á los dones dispensados por el Señor corresponden con el humilde agradecimiento, se ven inundadas de felicidad, y, en cierto modo compiten con Dios, en gratitud las almas, en beneficios el Señor.

Permitidme, oyentes, que, á propósito de esto, llame vuestra atencion sobre una frase muy significativa y que nos es bastante familiar. Si salvais á un hombre que ha corrido peligro de muerte junto á un precipicio, y si repuesto del susto le manifestais cierta extrañeza por la impresion que ha recibido, os contestará, que por naturaleza es agradecido. Si recorriendo un campo muy fértil, y viendo por todas partes una vejetacion que embelesa y le convierte en un Eden, revelais vuestro asombro á un amigo ó al que os acompañe, os dirá que aquel campo es muy agradecido á los sudores del labrador. Estas respuestas envuelven una verdad profunda; significan, que la gratitud trae la abundancia; que quien agradece, prospera; que quien da gracias, acumula sobre sí beneficios. Por esto, una perfecta salud nos indica la buena correspondencia de una naturaleza, y la abundancia de frutos nos revela la buena correspondencia de la tierra. Pues bien; lo propio sucede en nosotros; el agradecimiento ensancha nuestro pecho, y entónces se cree el bienhechor obligado á favorecerle con nuevas finezas.

Si esto acontece en la naturaleza, y aun en los mismos hombres,